

GARCÍA HERNÁN, Enrique: *Francisco de Borja, Grande de España*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia 1999, 302 pp.

La Institució Alfons el Magnànim nos tiene acostumbrados a ofrecernos en su colección *Biografia* estudios de personajes clave en la Historia, en especial relacionados con Valencia. En esta ocasión se trata de la biografía del valenciano Francisco de Borja (1510-1572), uno de los personajes de mayor importancia en la historia de la Compañía de Jesús —tercer general de la Orden y único santo general después de Ignacio de Loyola—, y de la historia de los reinados de Carlos V y Felipe II.

El autor, doctor en Historia Eclesiástica por la Universidad Gregoriana de Roma y doctor en Historia Moderna por la Universidad Complutense de Madrid, estructura la obra en tres partes, de cinco capítulos cada una, teniendo siempre como punto de referencia su privilegiada condición de noble. En la primera analiza la figura de Borja desde su nacimiento pasando por su condición de marqués de Lombay (1529), virrey de Cataluña (1539-1543), IV duque de Gandía (1543-1551), hasta la muerte de su esposa doña Leonor de Castro (1545), (pp. 13-125). La segunda estudia su entrada en la Compañía de Jesús (1546) y finaliza con su llegada a Roma en 1561 (pp. 129-175). La última se adentra en la vida de Borja en Italia (1561-1565), su generalato de la Compañía de Jesús (1565-1572), y el último año de su vida como consejero del cardenal legado Alejandrino en misión diplomática al servicio de la Santa Sede por España, Portugal y Francia, tema que trata por extenso en su libro *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado*, Valencia 2000. Concluye con un apartado de Borja como escritor espiritual (pp. 129-255). Cuenta con un breve estudio historiográfico, abundante bibliografía, una cronología, índice de fuentes utilizadas, y mapas genealógicos.

El autor presenta a su biografiado como un hombre de su tiempo en unas circunstancias de privilegio que le capacitan para cualquier misión, y hace que el personaje resulte más cercano a nosotros, con sus logros y fracasos. El libro no es una hagiografía y trasciende las biografías oficiales que se escribieron a partir de su beatificación en 1624 y canonización en 1671, a la vez que supera también la leyenda negra (Karrer) y algunos «clichés» que han marcado la historiografía, como su excelente gobierno en Cataluña, su «conversión» tras las muertes de la emperatriz, su esposa y su padre, su matrimonio, o su ejemplar vida como jesuita. García Hernán se mueve seguro en sus afirmaciones porque cuenta con abundante documentación y bibliografía que aparece bien señalada en el aparato crítico, de ahí que cuente, con rigor y fluidez, lo que pasó en su vida y analice cuáles fueron las causas.

Reseñas
Hispania Sacra 53 (2001)

El autor insiste en el «ser noble» como condición que estará presente durante toda su vida. Su pertenencia al estamento nobiliario y la educación que recibe es fundamental. Así se comprende su facilidad para contactar con las grandes familias, su interés por seguir las vicisitudes de éstas, su disposición para interceder en las peticiones de privilegios y sus naturales deseos de engrandecer su casa. Por eso, está metido de lleno en la política de su tiempo, probablemente uno de los hombres mejor informados de su época, en especial desde su cargo como general de Compañía de Jesús. Indudablemente uno de los méritos de la obra es que enmarca al personaje dentro del contexto de la época, por lo que lector se introducirá también en el mapa político peninsular, en especial lo referente a Valencia, predominante durante el siglo XVI.

Enrique García Hernán está preparando dos volúmenes de cartas inéditas de Borja, que completarán los cinco ya existentes de la colección de *Monumenta Borgia*, de *Monumenta Historica Societatis Iesu*, y que publicará la Dirección General del Libro de la Generalitat Valenciana en colaboración con el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en Roma.

Quintín ALDEA

GARCÍA HERNÁN, Enrique: *La acción diplomática de Francisco de Borja al servicio del Pontificado, 1571-1572*, Organismo Público Valenciano de Investigación, Valencia 2000, 562 pp.

Esta tesis doctoral de D. Enrique García Hernán, presentada en 1998 en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, analiza meticulosamente, con una fluida redacción, el papel que desempeñó Francisco de Borja (1510-1572) en el último año de su vida como consejero del cardenal legado Alejandro, sobrino de Pío V, en misión diplomática en España, Portugal y Francia, y luego, en nueva misión, ante el duque de Saboya. Dado el carácter de la legación, desborda el límite temporal propuesto y analiza por extenso el pontificado de Pío V y el generalato de Borja, es decir, el período de 1565 a 1572. El papa está organizando la famosa Liga Santa, entre la Santa Sede, España y Venecia, cuyo punto culminante será la victoria naval de Lepanto el 7 de octubre de 1571. Pío V quiere ampliar la confederación con la participación de Portugal (Sebastián de Portugal), el Imperio (Maximiliano II), y Francia (Carlos IX). Borja, dada su privilegiada situación por su condición de noble y general de la compañía de Jesús, tiene un decisivo papel para la consecución de los objetivos previstos.

No era fácil el estudio documentado y riguroso de Borja como consejero de un legado pontificio, figura aparentemente secundaria, pero que emerge a un primer plano cuando se estudia a fondo, cuando salen a la luz la abundante documentación, dispersa por más de cuarenta archivos y bibliotecas que el autor ha consultado en distintos países: en el Vaticano, Francia, Inglaterra, Irlanda, Alemania, Austria, Italia, España y Portugal, tarea que le ha supuesto diez años de investigación.

Reseñas
Hispania Sacra 53 (2001)

La presente obra, cuidadosamente editada por la Generalitat Valenciana en el contexto del *Año Borgiano*, consta de cinco capítulos, y dispone de mapas, cuadros genealógicos, una abundante bibliografía con fuentes impresas, un exhaustivo aparato crítico y un valioso índice cruzado de personas, temas, lugares y autores, que dan al libro un gran valor y facilidad de consulta, dado el gran volumen documental que utiliza.

El primer capítulo presenta la acción gobierno de Borja y Pío V, y los cuatro restantes están articulados entre sí, pero forman unidades independientes homogéneas, según los países donde actuó: España, Francia, Portugal e Italia. La acción directa de Borja era necesaria no ya para aconsejar al legado Alejandrino, sino para intervenir con autoridad y nombre propio ante los gobernantes con quienes el nepote debía entrevistarse, entre otras razones, porque Pío V recelaba de la diplomacia pontificia, situación que analiza en el capítulo I (*Cuadro político-religiosos del generalato de Francisco de Borja*, pp. 25-116). Esa desconfianza le llevó a actuar al margen de muchos de sus consejeros y tomó grandes decisiones sin el concurso de los cardenales, y se impuso frente a los votos contrarios, como cuando impidió que entraran herejes en la Liga Santa. Aparece claramente la novedad de la intervención de Pío V en la política matrimonial y el papel que ahí Borja desempeñó: que Sebastián de Portugal se desposara con Margarita de Valois. Pese a ese exceso de celo, obtuvo un doble éxito con la elección de Borja: fidelidad en la gestión y situar un elemento conciliador dentro de la cortejo del legado.

El autor afirma que Borja tuvo éxito parcial en sus negociaciones con Felipe II, (capítulo II, *Francisco de Borja en España*, pp. 117-193). Es verdad que ejerció en la corte, por servir al pontificado, una oposición desde el exterior. Desde dentro actuó su «clientela espiritual» incluido el influyente padre Araoz. Es verdad que hizo de muro de contención a las pretensiones «regalistas» que conculcaban la autoridad eclesiástica en Milán, Nápoles y Sicilia. Ocho años más tarde buscaron las dos partes, Monarquía Hispánica y Santa Sede, los memoriales que Borja hizo creyéndolos modélicos en el proceso a seguir. En parte se consiguió la promesa de que se aplicaría íntegramente el tridentino en Nápoles y Sicilia. Milán seguirá en conflictos, pero algo se pudo conseguir, pequeñas concesiones.

Con respecto al capítulo III (*Francisco de Borja en Portugal*, pp. 195-265), García Hernán demuestra que a mediados del siglo pasado —secuela de la campaña panfletaria pombaliana— surgieron autores que para denostar la anexión portuguesa e incidieron en la culpabilidad y complicidad de los jesuitas, de suerte que éstos enredaron al inexperto Sebastián inclinándolo hacia Castilla. Afirma que no es verdad que la Compañía entera se inclinara hacia Castilla; es más, que Borja hizo verdaderos equilibrios para que Portugal fuera un reino fuerte, sin por ello caer en desgracia ante Felipe II. En fin, que Borja se opuso a Felipe II por ayudar a Sebastián.

En las instrucciones entregadas a Alejandrino sobre cómo convencer a Sebastián para que se adhiriera a la Liga Santa se incide en un aspecto fundamental, el de reconquistar los lugares santos y liberar el sepulcro del Señor. Cuando a la victoria de Lepanto se añadió el nacimiento del príncipe Fernando, las reacciones no se dejaron esperar. Lepanto y el nuevo príncipe aparecen como dos soportes de extraordinario valor que sostenían la empresa político-religiosa emprendida por Pío V: la Cruzada. Se produjo uno de esos

movimientos mesiánicos tan frecuentes de esa época, cuya proyección inmediata fue el afán por la liberación del santo sepulcro. El papa no dudó en ofrecer a Felipe II coronarle emperador de Oriente y restaurar el imperio bizantino si recuperaba los santos lugares; los venecianos sorprendentemente secundaron esta iniciativa, quizá seguros de que no la aceptaría. El problema era que una propuesta semejante hizo a Francia. Borja, también afectado por este ambiente, fue a lo práctico: decisiones políticas concretas.

En cuanto al capítulo IV (*Francisco de Borja en Francia*, pp. 267-334), algunos autores implicaron al legado y a Borja en la decisión de Carlos IX de acabar con los hugonotes de modo violento. Los pocos documentos que dan pie a ello tienen otra explicación. Alejandrino quería sorprender al papa, expresó veladamente que había conseguido algo muy importante. Francia no hizo mucho en favor de la Liga Santa: promesas de que seguirían siendo católicos, que no atacarían a España. A cambio pidieron la dispensa para el matrimonio de Margarita de Valois, previa abjuración de Enrique de Navarra. García Hernán dice que se trataba de esa abjuración secreta y nada más. Borja intentó ante todo que la corona gala se acercara más al pontífice, pero la reina se inclinaba hacia la calvinista Juana de Albret. Su misión nada tuvo que ver con una acción represiva ni contra Gaspar de Coligny ni contra los hugonotes. Tampoco el legado trató de persuadir a la familia para organizar una represión y menos un matanza general. Admite que Borja pudo estar detrás del movimiento indócil de la joven nobleza católica. El duque de Guisa puso en las manos del embajador de Venecia una comprometedor carta firmada por él y por su hermano el marqués de Mayenne en la que decían que después de hablar con el cardenal de Lorena, tío y jefe de la familia, habían decidido que el marqués entrara en guerra contra el turco uniéndose a las fuerzas vénetas de la confederación. El marqués tuvo a su disposición un ejército de unos 2.000 hombres, los cuales se presentaron en abril en Venecia bajo paga ordinaria del dux.

Aparece en la tesis todo el problema de la política italiana de Pío V, que analiza en el capítulo V (*Francisco de Borja y la península itálica*, pp. 335-426). Su amada Liga Santa estaba agonizando, acosada por todos los frentes. Para fortalecerla, los aliados firmaron en Roma en febrero de 1572 una nueva capitulación. La réplica fue el tratado de Blois entre Inglaterra y Francia del mes de abril. Pero acto seguido se confirma que la armada hispánica no iría a levante porque Francia podía atacar Flandes y otros frentes; excusa, sin faltarle motivo, bien orquestada por Felipe II para ganar Argel antes de que lo hicieran los franceses. El emperador, presionado por el duque de Ferrara, no quería colaborar mientras el papa no diera marcha atrás en la concesión de título de gran duque a Cosme I. Estaba en juego el problema de la precedencia, pequeñas tensiones que vinieron a ser con el tiempo un verdadero problema. Emanuel Filiberto de Saboya no había perdido su precedencia como vicario imperial en Italia por la concesión del título de gran duque de Toscana a Cosme I, porque así lo había querido el papa. Seguía teniendo un influjo que Felipe II no deseaba. Había pretendido Monferrato, Finale y ser general de la liga, pero no obtuvo ningún resultado, porque Felipe II se había opuesto sistemáticamente a todo, deseando tenerlo todo él.

Como señala el propio autor, es posible que aparezca nueva documentación, acaso las instrucciones para Alejandrino en su misión en Francia, o las de Borja para la suya

en Saboya. De más interés sería dar con las cartas descarriadas de Borja, las que firmó durante los meses que estuvo en Ferrara. Incluso es posible que exista un registro. Sería importante dar con los registros de las cartas de Alejandrino, recuperar su archivo privado, robado en nuestros días. Seguramente allí estará la correspondencia del colector pontificio de Portugal y la del nuncio de Polonia. Todavía sería de más valor dar con los documentos que a Borja le robaron en Blois.

Podemos asegurar que la obra del Dr. García Hernán está fuertemente apuntalada por los documentos y la bibliografía, así como por el rigor científico y solidez. Con su talante de buen historiador llena con este libro un vacío importante que se conocía desde hacía mucho tiempo. Es una valiosa aportación a la historiografía española, eclesiástica y jesuítica.

Quintín ALDEA